

C. 127399

Avance y la Filosofía
cristiana -

R
1880

DISCURSO

LEIDO

POR EL DIRECTOR DEL COLEGIO DE SEGUNDA ENSEÑANZA

ESTABLECIDO

EN

EL BASILLO DE CAMEROS.

Dr. D. José Sáenz Navarrete

EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO DE 1881 A 1882.



LOGROÑO:

Imp. de Federico Sanz, Estacion, 2.

1881.

R
1880

卷之四

DISCURSO

LEIDO

POR EL DIRECTOR DEL COLEGIO DE SEGUNDA ENSEÑANZA

ESTABLECIDO

EN

EL BASILLO DE CAMEROS.

Dr. D. José Sáenz Navarrete

EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO DE 1881 Á 1882.

R. 33.394



LOGROÑO:

Imp. de Federico Sanz, Estacion, 2.

1881.

Señores:

En el último discurso de apertura que tuve el honor de leeros, y corresponde al curso de 1876 á 77, quedó demostrado hasta la evidencia que el krausismo, ó sea el sistema filosófico organizado por Krause en Alemania sobre las bases racionalísticas de Kant, y sostenido y modificado por Tiberghien, Ahrens y varios otros de más ó ménos nombre en el extranjero, y por no pocos desgraciadamente en el profesorado español, es completamente panteísta; tanto en lo que podemos llamar su parte ideal y subjetiva,—teoría sobre la ciencia,—como en su parte real y objetiva,—teoría sobre las relaciones de la naturaleza, del espíritu y de la humanidad con Dios. Como el propósito era precisamente calificar el sistema, y como la calificación necesitaba estar basada en sólidos motivos, me esforcé en citar, y no economicé por cierto pasajes de los más genuinos representantes del krausismo; pasajes cuya interpretación no admite vuelta de hoja, y que dejan fuera de toda duda lo que me propuse demostraros: «El krausismo es el panteísmo embozado y el racionalismo manifiesto.» Tal es la fórmula de aquel discurso.

No faltaron críticos, krausistas por supuesto, que, examinando y juzgando los discursos de apertura leídos aquel año en las univer-

sidades y otros centros de enseñanza, toparon con el humilde trabajo que os leí; y lo vapulearon á su sabor, zarandeándolo con la fruición del que lucha seguro de su superioridad: bien es cierto que no otra cosa merecía un desaliñado discurso, escrito por un triste director de colegio privado, para ser leído, como si dijéramos, en el desierto; y ésto con la avilantez, con la audacia de meterse á tocar puntos doctrinales reservados á los verdaderos filósofos, á los sapientísimos críticos de las revistas anticatólicas.

Me sentí un tanto indignado, os lo confieso, más por la forma que por el fondo de la censura; y aún me dirigí á uno de aquellos censores, ofreciéndole que, cuando mis ocupaciones, entónces muy perentorias, me lo permitiesen, tendría gusto en romper alguna lanza en aquella arena, y en esclarecer uno por uno los principales puntos de la controversia. Pero la revista, á que aquel señor pertenecía, dejó hace ya tiempo de existir; y el krausismo anda por fortuna tan mal trecho, que apenas hay quien se dedique á él con entusiasmo, habiendo muchos que se avergüenzan de haberlo abrazado en otro tiempo.

Así y todo; como la cuestión para nosotros no es meramente especulativa, sino de un interés marcadísimo y trascendental para la suerte futura de estos amados educandos; y como tanto nos dá que el error se llame krausismo, como que se apode con el nombre de cualquier otro escritor, me propongo ampliar lo hasta aquí establecido con algunas consideraciones que, poniendo de manifiesto las funestísimas deducciones del panteísmo y del racionalismo, abran los ojos á los incautos, para que no se dejen alucinar por estas doctrinas, que bien pueden denominarse plagas del siglo en que vivimos.

La lucha, señores, entre la razón y la fé es tan antigua como el hombre, y, si se quiere, como los ángeles: la soberbia de éstos en-

vuelve, á no dudarlo, el primer esfuerzo de la inteligencia por sacudir el yugo de la fé; su orgullosa insubordinación no puede juzgarse de otro modo: el acto de nuestros primeros Padres en el Paraíso es el segundo hecho de esta historia: la incredulidad de los hombres en los momentos anteriores al diluvio es el tercero.

Pero donde se vé la guerra más tenaz, más encarnizada y más constante es en el Nuevo Testamento; ó sea, desde la aparición del Hijo de Dios sobre la tierra. Su persona, encarnación del principio dogmático, se encontró, desde el primer momento, frente á frente de la incredulidad, contra la cual peleó victoriosamente en los años de su vida pública. Desde entónces y hasta nuestros días, la lucha ha sido terrible é incesante; como acreditan, de un lado la historia de los apologistas, y de otro la de los disidentes de todas denominaciones.

En los tiempos modernos, el campo de batalla se ha hecho más vasto, y la guerra más encarnizada y de peor género. La filosofía ha tomado un rumbo completamente insidioso y pérfido; la crítica histórica se ha hecho parcial y exigente en demasía; y las ciencias naturales todas, envalentonadas con sus adelantos y exigentes hasta lo increíble, no dejan momento de tregua en esta lucha gigantesca; pareciendo adunarse, como si esperaran dar el golpe de gracia á la fé en un momento de clamoroso y enérgico esfuerzo. Tal vez este esfuerzo es semejante al de un ejército que, encerrado por el enemigo y previendo su ruina, echa el resto porque no se diga que no apuró todos los recursos.

Importa, pues, poner las cosas en claro; deslindar las enseñanzas de los racionalistas y de los dogmáticos; vindicar, sí, para la razón sus derechos legítimos, pero sin exajerarlos hasta lo erróneo; reconocer, en una palabra que, siendo la revelación y la razón canales

por donde se nos trasmiten verdades de un mismo origen, y verdades al fin, no es posible que haya entre ellas colisión ni encuentro alguno justificado; y que, siendo la razón humana limitada y finita en demasía, estando como está, expuesta á tantas declinaciones como, con vergüenza en la frente, hicimos ver en otro de los discursos anteriores, no habiendo, como no hay, tal contingencia para la fé custodiada en su integridad y pureza por el magisterio infalible de Jesucristo, no hay otro camino que sentar bien sentados los dogmas fundamentales de nuestra fé, y compulsar con ellos los productos más ó ménos ingeniosos de la filosofía ó de la ciencia, para abrazarlos ó condenarlos según el resultado de la comparación.

Ahora bien, señores; lo que la filosofía católica y la teología cristiana enseñan, sobre los puntos controvertidos por los antiguos y por los modernos racionalistas, el credo, digámoslo así, del mundo católico puede formularse de este modo: desde la eternidad, ó, lo que es lo mismo, sin que haya habido ni podido haber un tiempo real ni virtual anterior á su existencia, existe Dios; es decir, existe un sér necesario, infinito en todo género de perfecciones; á cuya realidad nada puede añadirse; de cuya esencia nada puede faltar; inmutable; en cuyo sér nada hay accidental, nada variable; incapaz de adquirir ni de perder, porque lo tiene todo y lo tiene por su esencia; en quien la perfección es perfectísima y exenta de toda limitación; en quien nada hay en estado de posibilidad, porque es un acto purísimo; en quien no cabe sucesión de hechos, porque la eternidad excluye todo tiempo; que por su inmensidad, abraza todos los séres y todos los espacios, sin ocupar sin embargo el espacio; que llena todas las capacidades, sin ser comprendido en ninguna; que está por cima y debajo de todo, sin ser sostenido ni oprimido por nada; actividad suma y verdaderamente infinita, á cuyo imperio nada

absolutamente puede resistir; que por un acto eterno de su voluntad, hizo que las criaturas todas, es decir, todo lo que existe fuera de Él, pasase en el tiempo del no ser al ser, de tal modo que, no habiendo existido hasta entónces, hubo un momento en que las cosas comenzaron á existir; inefablemente sábio, con perfectísimo conocimiento de su esencia infinita, donde, como en un espejo de prodigiosa virtud, ve todos los séres, con todos los modos, con todas las modificaciones que les son propias en la realidad, en la existencia; y con todas aquellas otras que les hubiesen convenido en la incalculable variedad de combinaciones que caben dentro del insondable abismo de la posibilidad; sabiduría divina, donde, por imperfecta, no cabe la ciencia discursiva, no cabe el raciocinio, no caben la abstracción ni la generalización, porque para Dios no hay géneros ni especies, ni puede haber otra cosa que individuos; inteligencia infinita, en una palabra, cuyo inteligible adecuado es Dios mismo comprendido de una manera, más perfecta que la cual no cabe otra.

Enseña además el credo cristiano que, entre los innumerables é incalculables cuerpos que pueblan el espacio, y voltean y corren sin cesar con velocidad pasmosa y sublime armonía, obedeciendo al impulso que una vez recibieran del Omnipotente, está el planeta que habitamos; pequeñísimo si se atiende á su volúmen relativo, pero grande, muy grande, si se mira á las grandiosas escenas de que ha sido teatro, como resultado de haber sido elegido para habitación del hombre, objeto de asombrosas y como increíbles relaciones por parte de Dios, desde los primeros momentos de la creación.

Enseña que, por más que Dios pudo crear al hombre tal como hoy nace, provisto de los medios necesarios, y nada más que de los necesarios, para realizar su fin ó el conjunto de sus fines sobre la tierra, como animal racional que es, plugo á su divina bondad elevar-

le, ántes como si dijéramos de soltarlo de sus manos creadoras, á un órden mucho más alto que el que verdaderamente le correspondía; destinándolo á la eterna, inalterable y sobrenatural posesión beatífica; facilitándole cuantos medios necesitaba para la más fácil consecución de su singularísimo destino; enriqueciéndolo con todo linaje de dones extra y sobrenaturales, tanto en cuanto al alma como en cuanto al cuerpo, así en materia de conocimientos y de ordenada marcha de las facultades del alma, como en punto á desarrollo orgánico y á la perfección de las funciones todas, cuya marcha armónica constituye la salud mas cabal; pero que, para desgracia de la humanidad entera, nuestros primeros Padres cometieron la incalificable falta de desobedecer á su benignísimo Criador, dudando de su veracidad, é infringiendo el tan sencillo como expresamente consignado precepto, en la forma de todos sabida: que á consecuencia y por efecto de esta prevaricación, Dios retiró de ellos su amistad, y con ella los dones y privilegios que la acompañaban; naciendo desde aquel momento los hombres reducidos á la condición de pecadores por origen, ó sea hijos de pecadores, despojados de la gracia santificante con que hubiésemos nacido sin este funestísimo pecado, llamado por esto pecado original, y privados de esa amistad especial de Dios, inseparable de la gracia justificante con la cual hubiésemos todos entrado en la vida según los altísimos destinos de la Providencia.

Enseña también que el Todopoderoso, uno en esencia y trino en personas, compadecido de la humanidad caída, decretó en su misericordia infinita, la restauración; la redención del humano linaje por la encarnación hipostática, pasión y muerte del Verbo; cuyos merecimientos, infinitos en valor por la dignidad infinita del Reden-

tor, devolvieron al hombre la gracia perdida por el pecado, infinito en malicia por la dignidad infinita del ofendido.

Desde este misterio, como desde un gran centro luminoso, irradiaba el cristianismo todos ó casi todos los dogmas que constituyen su fondo, y que tan capital influjo ejercen en la vida práctica de los verdaderos creyentes. De aquí, la *Ley Antigua* con todos sus símbolos significativos de la venida del Mesías; de aquí la *Ley Nueva* con el Evangelio, con los sacramentos, con la organización de la Iglesia, con la jerarquía eclesiástica, con el Jefe de los jefes, Vicario de Cristo en la tierra, revestido de poderes y atribuciones de todo género para gobernar la sociedad militante como conviene á la sabiduría é infalibilidad de su soberano comitente; de aquí, la doctrina de la otra vida, donde se compensarán las injusticias de ésta, donde los esfuerzos de la voluntad libre recibirán su eterno galardón, y las prevaricaciones y debilidades su condigno castigo, y donde se completará y coronará la gran obra de la redención por la visión beatífica por la cual el hombre llegará á ver á Dios cara á cara, á Dios, en cuya posesión encontrará la satisfacción más colmada de todos sus deseos, de todas sus aspiraciones, de todas las necesidades de su sér. Belleza, verdad y bondad; ved aquí la síntesis de las aspiraciones del espíritu, y ved aquí lo que el bienaventurado encuentra en Dios, y en tal medida que, llenándose y como rebosando por todas partes sus capacidades, no es posible que en él quede vacío ni hueco alguno; no es posible, que haya allí deseo alguno que saciar; no es posible, para decirlo de una vez, que el hombre deje de ser completamente feliz y eternamente feliz.

Tal es, señores, el resúmen de la Religión Cristiana, en la parte concerniente á nuestro asunto; diseñado á grandes rasgos, por temor de la molestia que pudiera causaros la lectura de cosas perfec-

tamente conocidas, desde la infancia, por todos cuantos conmigo habeis tenido la fortuna de haber nacido entre católicos, de haber sido educados por padres católicos, y de haber hecho juramentos solemnes de no faltar jamás á la fé católica.

Veamos ahora qué es lo que enseñan los krausistas y demás racionalistas modernos, sobre estas importantísimas cuestiones; y si tengo ó no razón para declararme en lucha abierta contra semejantes escuelas.

Pues bien: lo que las escuelas panteístas modernas enseñan respecto á Dios está tan lleno de contradicciones y de absurdos, que no se acierta á combinar en buena lógica. Para ellos, no hay más Dios que la universalidad de lo existente; es decir, Dios es todo; no hay nada que no sea Dios; pero de tal modo que, existiendo como existen las cosas, éstas no pueden decirse Dios; al modo que á las partes no puede convenir la denominación del todo; están sin embargo dentro de Dios, pertenecen á Dios, *son*, en una palabra; y todo lo que *es*, todo lo que tiene sér no puede ménos de participar de la divinidad; puesto que la idea del sér absoluto, fuera del cual no queda sér, y la idea de Dios son para ellos perfectamente sinónimas.

Los católicos decimos que no hay perfección ni realidad de que Dios carezca; pero tenemos cuidado de añadir que no todas las perfecciones están en Dios de una misma manera; porque las hay de aquellas en cuyo concepto metafísico no entra género alguno de imperfección, y de éstas decimos que Dios las tiene *formaliter*, es decir, que le convienen absolutamente y en toda la extensión de la palabra; pero hay otras, como si dijéramos complejas ó mixtas, en cuyo concepto entra la limitación, la finitud, la negación; y de estas no podemos decir lo mismo, sino que le convienen de un modo virtual ó eminente: así, decimos que le conviene la sabiduría *formaliter*, por-

que en la comprensión de la idea sabiduría todo es perfecto, y por tanto digno de Dios; pero no decimos que le convenga el raciocinio, porque, entre los elementos que constituyen esta idea, los hay indignos de Dios; puesto que el raciocinar procede precisamente cuando se ignora y no se vé por intuición una relación cualquiera entre dos términos: de tal modo, que lo que en el hombre es una de sus mayores perfecciones, y por lo que se eleva específicamente sobre los brutos, eso mismo no puede convenir á Dios, porque en Él sería imperfección, y Dios es infinitamente perfecto, y vé y conoce y comprende todo lo visible, cognoscible y comprensible, sin esfuerzo alguno y con un solo acto purísimo de intuición.

Pero los panteistas no es posible que acierten á presentar de una manera aceptable la existencia de las cosas, finitas y limitadas como son, en Dios, en quien no cabe limitación ni imperfección de ninguna especie; porque la verdad es que la imperfección existe en las cosas. Y no baste decir que lo negativo no existe, y que las perfecciones de los séres finitos son como sumandos que unidos unos á otros dan un resultado infinito y digno de Dios. Semejante aseveración envuelve, por lo ménos, dos yerros de trascendencia suma, y que no pueden pasar sin correctivo.

En primer lugar, no es exacto que lo imperfecto sea equivalente á lo negativo, y que no envuelva otro concepto que el de limitación ó carencia de ulterior perfección; es verdad que hacemos consistir el mal metafísico en la limitación de los séres, ó lo que es igual, en que, *siendo* hasta cierto grado, no *sean* de allí en más; pero también lo es que lo imperfecto es muchas veces positivo, y que, aunque en el nombre sea contradictorio de lo perfecto, en la realidad puede decirse mejor su contrario. ¿Cuál es, si no, la diferencia que hay entre la ignorancia y el error? El que ignora, desconoce; carece de

conocimientos; su perfección está limitada; pero el que se encuentra bajo el dominio del error, conoce positivamente, aunque de un modo contrario á la realidad, á la verdad: tiene conocimientos en efecto, pero conocimientos falsos; ve relaciones varias entre ciertos términos, pero relaciones que no existen.

En segundo lugar, ¿cómo la suma de varias cantidades concretas y bien determinadas ha de resultar infinita é incapaz de aumento? Se dirá que esto se consigue siendo los sumandos infinitos en número; como dicen que son tanto los espíritus como los individuos de la gran familia humana. Pero no todo lo que se dice es admisible; y se necesitan buenas tragaderas para admitir que la materia es infinita, que el espíritu es infinito, y que la humanidad es infinita, si bien relativamente; y que del conjunto de estos relativos nace el infinito absoluto, ó sea Dios.

Mas dejando á un lado todo ésto, que ya se trató en el discurso anterior, y volviendo al parangón de las doctrinas, ¿cómo ha de ser eterno el Dios de los panteístas, si en él existe y ha existido siempre el tiempo ó sea la sucesión, y la idea de eternidad es la idea de lo simultáneo? Porque las cosas existen en Dios, según ellos, y las cosas existen en el tiempo, y sus manifestaciones son sucesivas, y Dios no ha existido sin las cosas, como que no es realmente distinto de ellas: luego, siendo la idea de eternidad exclusiva, no sólo de principio y de fin, sino de sucesión, es evidente que el Dios de los panteístas no puede ser eterno.

Pero si no es eterno, tampoco puede ser necesario; porque de un lado debió tener un principio de existir, y de otro, todos los días y aun todos los instantes están sobreviniendo á su existencia modificaciones sucesivas; conceptos ambos que no caben en la idea de necesidad. Fuera de que, ¿cómo ha de ser necesario el todo cuyas par-

tes son contingentes? ¿Cómo ha de ser necesario el sér universal, si á los séres particulares acompaña la contingencia, y aquél no es otra cosa que el agregado de todos éstos?.....

La idea de necesario, como atributo divino, va también acompañada de la idea de inmutable, y ésto por la más precisa y exacta derivación; que lo necesario no puede ménos de ser, y de ser lo que es, miéntras que lo mudable es capaz de ganar, de perder, ó de cambiar que es ganar y perder á la vez. Siendo, pues, como son, mudables, caducos y perecederos los séres que nos rodean; siéndolo nosotros mismos, ya en lo que se refiere al desenvolvimiento progresivo de nuestro organismo, ya en lo que atañe al desarrollo y vida de las facultades del yo en sus numerosas funciones ó modos de ejercicio, es claro que, si no hay sér fuera de Dios, en Dios mismo tienen que refundirse las mutaciones y los cambios que á las cosas sobrevienen; porque la verdad es que las modificaciones y los accidentes suponen siempre y reclaman poderosamente sustancia á quien adherirse, base sobre qué descansar.

Y si al Dios de los panteístas le faltan estos atributos tan excelentes de eternidad, necesidad é inmutabilidad, ¿cómo podrá decirse que en él se encuentran todas las perfecciones y en el mayor grado posible de intensidad? Y ¿cómo podrá entenderse en este caso la razón de su existencia en su esencia, ó sea la aseidad?

La teodicea católica dice que, siendo Dios un sér realísimo, infinito en todo género de perfecciones, y á cuya esencia no puede faltar perfección alguna, ha de tener, por necesidad, la de la existencia, sin la cual nada son todas las demás, y sin la cual no se concibe la posibilidad de que otra cosa exista; y á esta necesidad metafísica, con que la esencia divina pide su realidad ó su existencia llamamos aseidad. Dios es *á se*, porque su esencia lleva envuelta

en sí misma la existencia, y en tal manera que el concepto de Dios, sin la idea de su existencia, es el mayor de los absurdos que caben en cabeza humana; es como el de triángulo sin ángulos ó el de ángulo sin lados.

Ahora bien: si el Dios de los panteístas no es *á se*, porque no es perfectísimo en todo género de perfecciones, puesto que por de pronto le faltan las de eternidad, necesidad é inmutabilidad, ¿cuál es su origen? Si su esencia no envuelve la razón de su existencia, porque no envuelve todas las perfecciones, y, así como le faltan otras, podría concebirse sin ésta, ¿dónde está la razón de su existencia? En sí mismo, repito que no; porque solamente conviene la aseidad á aquél sér que, para ser tal, haya de tener y reunir en sí toda la perfección; los demás no son *á se*; porque pueden concebirse perfectamente en el campo inmenso de la posibilidad: son posibles aun sin existir. ¿Dónde está, pues, la razón de su existencia, si no le conviene la aseidad? Ello mismo lo está diciendo: si no es *á se*, será *ab alio*; si no existe por sí, existirá por otro; porque ello es que su existencia ha de ser un hecho, un efecto; y sabido es aquel axioma, verdadera ley á que la inteligencia se somete sin poderlo remediar de que «no hay efecto sin causa,» y aquel otro de que «nada existe sin razón suficiente.»

El Dios, en tal caso, de los panteístas no es Dios; porque es hechura de otro; porque hay otro sér, otra actividad, otra fuerza á quien debe todo cuanto tiene, puesto que le debe la existencia, verdadero compendio de toda perfección; no es Dios, vuelvo á decir; es un contrasentido; es un absurdo; es un Dios sin piés ni cabeza; y la escuela que esto enseña, ó de cuya enseñanza se desprende lógicamente, es una escuela atea.

En cambio, los krausistas divinizan la razón humana, y la ensal-

zan hasta el punto de que, si bien con trabajo ó mejor dicho con constancia, comenzando por el conocimiento del sér indeterminado y continuando por los del yo, del espíritu, de la materia y de la humanidad, llega, sin más fuerzas que las suyas propias, hasta el conocimiento intuitivo del sér absoluto, ó sea de Dios; en el cual y por el cual contempla todo lo cognoscible, realizando así la unidad tan celebrada de la ciencia. ¡Triste condicion, la de los panteístas que, negando á Dios lo que es de Dios, vienen á concedérselo á todo lo que fuera de Él existe! Todo es para ellos Dios, ménos Dios mismo, como se ha dicho de los antiguos idólatras.

De la creación no hay que hablar en el campo panteísta: las cosas, ó no existen realmente, ó existen en Dios, comprendidas en su esencia, y participando de ella; de la nada, dicen, nada se hace; las cosas no han podido tener principio de existencia; ésta se confunde con la de Dios, y es por lo tanto eterna é imperecedera como Él.

Nada digamos de los sublimes misterios del pecado original, de la redención, de la Iglesia cristiana, de sus dogmas, de sus Sacramentos, de sus prácticas, etc. etc: todo esto se menosprecia en las escuelas racionalistas, como perteneciente á una de las épocas religiosas del dominio de la historia; cuya influencia en la civilización de la humanidad habrá sido más ó ménos eficaz é importante, pero que, al fin y al cabo, no ha sido otra cosa que una colosal ficción, un engaño estupendo inventado y realizado por un gran genio, para sacar al hombre del politeísmo, estado de verdadera degradación, y traerlo al monoteísmo, grado de cultura intelectual mucho más elevado y perfecto; pero cuya razón de ser ha desaparecido. El sobrenaturalismo cristiano, por tanto, se conservará en nuestra memoria como un grato recuerdo; á la manera que se conservan las

momias de los mayores entre las familias; (no será así por fortuna); pero el campo por él ocupado debe cederse por completo al racionalismo, única forma de religión aceptable á la altura á que nos encontramos.

De aquí, como del célebre aparato de Troya, salen espontáneamente multitud de conclusiones teóricas y prácticas que, invadiendo el campo de la teodicea y especialmente el de la psicología, destrazan por completo el fondo de la religión, de la moral, y de todo lo justo, de todo lo bueno, de todo lo heroico, de todo lo que debe formar la inteligencia y el corazón del hombre en todas las edades de la vida, y muy singularmente en la edad de la educación, en la edad en que, libre todavía el niño de imposiciones perniciosas, presta sus capacidades naturales á sus padres y maestros, demandando alimento saludable para ellas.

Horror causa, y no se acierta á entender que haya quien se averga á proporcionar el veneno de la mala doctrina, á sus discípulos, aunque estén de por medio el interés de escuela, ó el compromiso de partido.

No hay que dudarlo, Sres., admitido el panteísmo, sea de la forma que quiera, la personalidad humana desaparece ó debe desaparecer; y hasta la vida de los seres es preciso que se refunda en la vida de Dios, fuera del cual no puede haber actividad, no puede haber vida, por lo mismo que no puede haber ser ni por consiguiendo sujeto de causalidad. Las fuerzas que producen el concertado movimiento de los astros, las que originan los diversos fenómenos que observamos en el mundo inorgánico, las que funcionan de esa manera tan admirable en el organismo de las plantas y de los animales, y las que presiden el ejercicio de las diversas facultades psicológicas; todas estas fuerzas, todas estas actividades, todas es-

tas vidas no deben ser otra cosa que la fuerza, la actividad y la vida del Dios todo. A él, por consiguiente, hay que atribuir cuanto estamos acostumbrados á decir de las criaturas, con todas las limitaciones, con todas las faltas, con toda la finitud é imperfección que en ellas se observan; Dios debe ser el sujeto y el objeto á la vez de todo lo observable. Si Dios es el sol que sostiene y regulariza el movimiento del sistema planetario, Dios será también el planeta sostenido y regularizado por el sol; si Dios es la tierra que atrae á la piedra hácia su centro, Dios será también la piedra atraída por la tierra; si Dios es el cirolero ó el alcornoque que nace, se desarrolla y crece hasta dar frutos sazonados, Dios será la ciruela ó la bellota fructificada; si Dios es el reptil, la fiera, el animal inmundo que no hay para qué nombrar, Dios será el término de la fiereza, de la inmundicia y de todo cuanto repugnante y asqueroso observamos en los animales. Pero, ¿á qué continuar? Fijémonos exclusivamente en la trascendencia del panteísmo sobre la vida del hombre; y no ya sobre la vida del cuerpo, sobre la vida fisiológica, en la que se parece exactamente á los irracionales, sino sobre la vida del espíritu, sobre la vida del yo, sobre la vida psicológica que le distingue de todos los demás seres visibles elevándolo notablemente sobre ellos.

Ya lo hemos dicho; la personalidad humana desaparece ó debe desaparecer, admitido el panteísmo sea de la forma que quiera. Si la vida del hombre no es distinta de la vida de Dios, y si ésta se desenvuelve en el tiempo infinito de una manera necesaria é inevitable, ¿dónde se hallará la libertad del hombre, requisito primordial é indispensable del orden moral? Bien conoce Krause el peso de esta observación, y bien sabe que hay que dejar á salvo el libre albedrío, si no se quiere herir á la humanidad en sus convicciones más firmes, en sus afecciones más nobles; pero, no pudiendo evitar la

consecuencia, dadas sus premisas, apela á la libertad de coacción, asegurando que el hombre es libre, puesto que está exento de toda fuerza externa que le arrastre en sentido determinado.

Desde luego comprenderéis que la solución es pobrísima é incapaz de satisfacer á nadie. Pues qué, ¿no es libre, con libertad de coacción, la fiera que recorre los bosques, el vegetal que crece y se desarrolla, y hasta el agua que suavemente se desliza por su limpio cauce? Y ¿esto es bastante para que los actos de la fiera ó del animal en estado salvaje se consideren dentro del orden moral, ó para que los efectos producidos por el agua ó por el vegetal, se consideren dignos de premio ó de castigo? No hay que darle vueltas, señores, la humanidad entera se rebelará siempre y con toda su energía contra quien quiera que pretenda hacerla víctima de tan groseros sofismas. Todos los hombres, de todas edades, de todas condiciones y de todos los países distinguen perfectamente entre los actos ejecutados por un niño sin discreción, por un enfermo sin conocimiento, por un hombre dormido, por un loco en sus momentos de extravío, y los llevados á cabo por otro que, dueño por completo de sí mismo, con imperio sobre sus órganos, con conocimiento claro de lo que hace y de la relación en que se encuentran los hechos con la ley que los manda ó los prohíbe, obra con entera libertad no sólo de coacción ó sea externa, sino de necesidad interna ó sea de contradicción, de contrariedad y de especificación. Los primeros actos no están sujetos á responsabilidad; el sentido comun los declara impunes é ilegales: los últimos son siempre imputados á su autor como responsables de ellos, tanto en el foro de la conciencia, como en el de la autoridad encargada de ejercer la venganza legítima aplicando la sanción que á toda ley debe acompañar.

No y mil veces nó; la libertad moral, la verdadera libertad pro-

clamada á una voz, según la bella expresión de un antiguo escritor, por los pastores en lo alto de las montañas, por los poetas en los teatros, por los indoctos en sus reuniones, por los doctos en sus bibliotecas, por los oradores sagrados en el púlpito, y por el género humano en el orbe todo no es, vuelvo á decir, la menguada libertad de coacción, que despues de todo parece quedar en las doctrinas que combatimos; la libertad, que hay que dejar á salvo en todo sistema, es la libertad que comprende á un tiempo inmunidad verdadera de todo principio tanto extrínseco como intrínseco que nos arrastre ó precipite en un sentido determinado, obrando ya sobre las facultades de nuestra alma, ya sobre sus instrumentos de ejecución que son los órganos. Donde no hay esto, no hay libertad moral.

Fuéra, pues; señores; con resolución y energía sea dicho; fuéra doctrinas peligrosas para toda inteligencia; fuéra sistemas capaces de inficionar y pervertir las de nuestros queridos colegiales, ávidos de aceptar sin reparo lo que nosotros queramos darles; fuéra delirios filosóficos, donde nada queda á salvo, ni aún la misma divinidad; fuéra absurdos ateos, que ateas son todas las enseñanzas en que se pervierte y trastorna la idea de Dios; fuéra teorías panteistas y racionalistas, donde, por despreciar la revelación y pretender explicarlo todo á la escasa luz de la razón, se confunden los conceptos, se desnaturalizan las cosas, se saca todo de quicio; fuéra mil veces caprichos tontos y novedades orgullosas que, por el afán de la celebridad, se atreven á introducir enseñanzas suversivas de toda moralidad, de todo orden, de toda religión, de toda sociedad. Convenzámonos una vez más, Sres., de la finitud y limitación de nuestra inteligencia; busquemos en la antorcha de la fé la luz que falta á nuestra razón para atravesar con seguridad el oscuro tra-

yecto de la vida, y para elevarnos poco á poco al más claro horizonte de la ciencia, que, como se ha dicho, no es posible llegue á ser una y perfecta en la tierra por más que otra cosa hayan pretendido y pretendan Krause y sus ya descorazonados partidarios.

Pero sin la libertad no es posible la imputabilidad; sin ésta no hay responsabilidad posible; sin ambas no hay mérito, ni de mérito, ni ley, ni obligación, ni premio, ni castigo, ni autoridad, ni nada de cuanto constituye el fundamento y la base eterna sobre que descansa el orden, sobre que descansa la sociedad, sobre que descansa, descansó y descansará majestuosa la humanidad, sin que puedan turbarla los miserables esfuerzos de tantos soñadores como pululan por doquier.

HE DICHO.

Colegio de 1.º y 2.º enseñanza en El Rasillo de Cameros 15 de Setiembre de 1881.

José Sáenz Navarrete.





